

PAM JENOFF

AUTORA DE *EL VAGÓN DE LOS HUÉRFANOS*
Y *LAS CHICAS DESAPARECIDAS DE PARÍS*

LA
MUJER
DE LA
ESTRELLA
AZUL

1942

Sadie Gault tiene dieciocho años y vive con sus padres los horrores del día a día en el gueto de Cracovia durante la Segunda Guerra Mundial. Cuando los nazis liquidan el gueto, Sadie y su madre embarazada se ven obligadas a buscar refugio en las peligrosas cloacas que circulan por debajo de la ciudad. Un día, Sadie mira hacia arriba a través de la rejilla de una alcantarilla y ve a una chica más o menos de su edad comprando flores.

Ella Stepanek es una acaudalada chica polaca que lleva una vida relativamente fácil con su madrastra, que ha desarrollado una alianza estrecha con los alemanes de la ocupación. Repudiada por sus amigas y extrañando a su prometido, que se marchó a la guerra, Ella deambula por Cracovia sin cesar. Mientras hace unas compras en el mercado, descubre que algo se mueve bajo una alcantarilla de la calle. Al acercarse a mirar, se da cuenta de que se trata de una chica escondida.

Ella comienza a ayudar a Sadie y ambas desarrollan una amistad, pero, conforme los peligros de la guerra se recrudecen, sus vidas emprenden un camino sin retorno que las pondrá a prueba frente a unas circunstancias asfixiantes.

Inspirada en una desgarradora historia real, *La mujer de la estrella azul* es un emocionante testimonio del poder de la amistad y de la extraordinaria fuerza de voluntad del ser humano para sobrevivir.

Índice de contenido

Cubierta

La mujer de la estrella azul

Dedicatoria

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Epílogo

Nota de la autora

Agradecimientos

Sobre la autora

A mi shtetl... Os estaré viendo.

Prólogo

*Cracovia, Polonia
Junio 2016*

La mujer que tengo ante mí no es en absoluto a quien esperaba.

Diez minutos antes, me hallaba frente al espejo en la habitación del hotel, cepillándome la pelusa del puño de la blusa azul claro, ajustándome un pendiente de perlas. Notaba la repulsión crecer dentro de mí. Me había convertido en la clásica mujer de setenta y pocos años; pelo gris, corto y práctico, con un traje pantalón que ceñía mi cuerpo rollizo, más ajustado de lo que me habría quedado un año atrás.

Acaricié el ramo de flores frescas de la mesilla de noche, rojas, muy brillantes, envueltas en papel de estraza. Después me acerqué a la ventana. El hotel Wentzl, una mansión del siglo XVI restaurada, se encontraba en la esquina suroeste del Rynek, la inmensa plaza del mercado de Cracovia. Escogí esa ubicación de forma deliberada, me aseguré de que mi habitación tuviera las vistas adecuadas. La plaza, con su esquina meridional cóncava que le otorgaba la apariencia de un colador, era un hervidero de actividad. Los turistas peregrinaban entre las iglesias y los puestos de recuerdos del Sukiennice, la Lonja de los Paños, un enorme edificio rectangular que dividía la plaza. Los amigos se reunían en las cafeterías al aire libre para tomar algo después del trabajo en una cálida tarde de junio,

mientras que los trabajadores que debían volver a casa se apresuraban con sus paquetes, mirando hacia las nubes oscuras que se acumulaban sobre el Castillo de Wawel, hacia el sur.

Yo había estado en Cracovia dos veces, la primera justo después de la caída del comunismo y después, en otra ocasión, años más tarde, cuando comencé de verdad mi búsqueda. De inmediato me cautivó la joya oculta que era aquella ciudad. Aunque me habían eclipsado los destinos turísticos de Praga y de Berlín, la Ciudad Vieja de Cracovia, con sus catedrales intactas y sus casas talladas en piedra y restauradas al diseño original, era una de las más elegantes de toda Europa.

La ciudad había cambiado mucho cada vez que iba, todo era más vivo y más nuevo; «mejor» a ojos de los ciudadanos, que habían sufrido muchos años de penurias y de recesión. Las casas grises habían sido pintadas con vibrantes tonos amarillos y azules, convirtiendo las calles antiguas en una versión de sí mismas digna de un decorado de película. Los ciudadanos eran, además, un claro ejemplo de contradicción: los jóvenes vestidos a la moda se paseaban hablando por sus teléfonos móviles, sin prestar atención a los aldeanos de las montañas que vendían jerseys de lana y queso de oveja en mantas tendidas en el suelo, o a una *babcia* envuelta en una bufanda que pedía monedas sentada en la acera. Bajo el escaparate de una tienda que ofrecía planes de wifi e Internet, las palomas picoteaban los duros adoquines de la plaza del mercado como llevaban siglos haciendo. Bajo toda aquella modernidad y elegancia, la arquitectura barroca de la Ciudad Vieja resplandecía desafiante, una historia que no podía ignorarse.

Pero no era la historia lo que me había llevado hasta allí, o al menos no esa historia.

Cuando el trompetista de la torre de la iglesia Mariacki comenzó a tocar el Hejnał, señalando la hora, contemplé

la esquina noroeste de la plaza, esperando a que la mujer apareciera a las cinco, como había hecho cada día. No la vi, y me pregunté si tal vez no acudiría ese día, en cuyo caso, yo habría recorrido medio mundo en vano. El primer día, quise asegurarme de que era la persona indicada. El segundo, me propuse hablar con ella, pero me faltó arrojo. Al día siguiente, tomaría un avión de vuelta a mi casa en Estados Unidos. Aquella era mi última oportunidad.

Al final apareció, doblando la esquina de una farmacia, con el paraguas cerrado debajo del brazo. Atravesó la plaza con una velocidad sorprendente para ser una mujer de unos noventa años. No iba encorvada; tenía la espalda recta. Llevaba la melena blanca recogida en un moño alto descuidado, pero algunos mechones se le habían soltado y se mecían libres, enmarcándole el rostro. En contraste con mi indumentaria sobria, ella vestía una falda de colores alegres con un estampado muy llamativo. Aquel vivo tejido parecía ondularle en los tobillos con ritmo propio mientras caminaba, y casi pude oír el roce de aquel susurro.

Su rutina me resultaba familiar, la misma de los dos días anteriores, cuando la observaba acercarse al Café Noworolski y pedir la mesa más alejada de la plaza, protegida del bullicio y del ruido por la profunda arcada de acceso al edificio. La última vez que fui a Cracovia, seguía buscando. Ahora ya sabía quién era y dónde encontrarla. Lo único que me quedaba por hacer era reunir el valor y bajar.

La mujer ocupó una silla en su mesa habitual de la esquina y abrió un periódico. Ella no tenía ni idea de que estábamos a punto de conocernos, o ni siquiera de que yo estaba viva.

De lejos me llegó el rumor de un trueno. Comenzaron entonces a caer unas gotas, salpicando los adoquines como lágrimas negras. Tenía que darme prisa. Si la terraza

de la cafetería cerraba y la mujer se marchaba, yo habría perdido todo lo que había ido a buscar.

Oí las voces de mis hijos, diciéndome que era demasiado peligroso viajar tan lejos yo sola a mi edad, que no había motivo, que no descubriría nada nuevo allí. Que debería marcharme e irme a casa. A nadie le importaría.

Excepto a mí... y a ella. Oí su voz en mi cabeza, tal como me imaginaba que sería, recordándome qué era lo que había acudido a buscar.

Me armé de valor, tomé el ramo de flores y salí de la habitación.

Una vez fuera, comencé a atravesar la plaza. Entonces me detuve otra vez. Las dudas me asaltaban. ¿Por qué había llegado hasta allí? ¿Qué estaba buscando? Me obligué a seguir con cierta terquedad, sin sentir los enormes goterones que me mojaban la ropa y el pelo. Llegué hasta la cafetería, me abrí paso entre las mesas de clientes que se apresuraban a pagar la cuenta para marcharse antes de que arreciase la lluvia. Al aproximarme a la mesa, la mujer del pelo blanco levantó la mirada del periódico. Abrió mucho los ojos.

Teniéndola ahora tan cerca, le veo la cara. Lo veo todo. Me quedo inerte, congelada.

La mujer que tengo ante mí no es en absoluto a quien esperaba.

1

Sadie

Cracovia, Polonia

Marzo 1942

Todo cambió el día en que vinieron a por los niños.

Se suponía que yo debería haber estado en la cámara del ático del edificio de tres plantas que compartíamos con una docena de familias en el gueto. Mi madre me ayudaba a esconderme allí cada mañana antes de marcharse a trabajar en la fábrica, dejándome con un cubo limpio a modo de retrete tras advertirme que no debía salir de allí. Pero a mí me entraba frío y me ponía nerviosa allí sola, en ese espacio diminuto y gélido en el que no podía correr, ni moverme, ni siquiera ponerme de pie. Los minutos pasaban en silencio, apenas interrumpido por unos arañazos: niños invisibles, más jóvenes que yo, escondidos al otro lado de la pared. Los mantenían separados unos de otros, sin espacio para correr y jugar. No obstante, se enviaban mensajes entre ellos mediante golpecitos y arañazos en la pared, como una especie de código morse improvisado. A veces, aburrida como estaba, participaba yo también.

—La libertad está donde la encuentras —solía decir mi padre cuando me quejaba. Papá veía el mundo tal y como deseaba verlo—. La mayor prisión está en nuestra mente. —

Para él era fácil de decir. Aunque el trabajo manual en el gueto distaba mucho de su profesión como contable antes de la guerra, al menos él podía salir por ahí cada día y ver a otras personas. No estaba enjaulado como yo. Apenas me había movido de nuestro edificio desde que nos vimos obligados a abandonar seis meses atrás nuestro apartamento en el Barrio Judío, cerca del centro de la ciudad, para trasladarnos al vecindario de Podgórze, donde habían establecido el gueto, en la orilla sur del río. Quería llevar una vida normal, mi vida, ser libre para correr más allá de los muros del gueto y visitar los lugares que antes frecuentaba y no sabía valorar. Me imaginaba tomando el tranvía para ir a las tiendas del Rynek, o al *kino* a ver una película, o a explorar las colinas frondosas de las afueras de la ciudad. Deseaba que al menos mi mejor amiga, Stefania, fuera una de las que estaban escondidas allí cerca. Pero ella vivía en un apartamento distinto, en el otro extremo del gueto, destinado a las familias de la policía judía.

Sin embargo, no eran el aburrimiento ni la soledad los que me habían sacado de mi escondite aquel día, sino el hambre. Siempre había tenido mucho apetito y la ración del desayuno aquella mañana había consistido en media rebanada de pan, menos incluso de lo habitual. Mi madre me había ofrecido su porción, pero sabía que ella necesitaba estar fuerte para encarar el largo día de trabajo en la fábrica.

A medida que transcurría la mañana en mi escondite, empezó a dolerme el estómago por el hambre. Se agolparon en mi mente, sin yo buscarlas, las imágenes de toda la comida que disfrutábamos antes de la guerra: la riquísima sopa de champiñones y el *borscht*, los *pierogi*, las sabrosas bolas de masa hervida que preparaba mi abuela. A media mañana, me sentía tan debilitada por el hambre que me había atrevido a salir de mi escondite y a bajar a la cocina que compartíamos en la planta baja, que en realidad no era más que una única hornilla y un fregadero de

cuyo grifo goteaba un agua tibia y amarronada. No iba en busca de comida porque, aunque hubiera quedado algo, jamás se me ocurriría robar. En su lugar, quería ver si quedaban migas en el armario y llenarme el estómago con un vaso de agua.

Me quedé en la cocina más tiempo del que debería, leyendo el ejemplar manoseado del libro que había llevado conmigo. Lo que más detestaba de mi escondite del ático era el hecho de que estaba demasiado oscuro para leer. Siempre me había gustado mucho leer y mi padre había llevado todos los libros que pudo de nuestro apartamento al gueto, pese a las protestas de mi madre, que decía que necesitábamos el espacio en nuestras maletas para guardar ropa y comida. Era mi padre quien había alimentado mis ganas de aprender y mi sueño de estudiar Medicina en la Universidad Jagiellonian antes de que las leyes alemanas lo imposibilitaran, primero al prohibir la entrada a los judíos y después al cerrar la universidad por completo. Incluso en el gueto, al finalizar sus largas jornadas de trabajo, a mi padre le encantaba enseñarme cosas y discutir ideas conmigo. Además, hacía pocos días me había conseguido, no sé cómo, un libro nuevo, *El conde de Montecristo*. Pero el escondite del ático estaba demasiado oscuro para leer y apenas tenía tiempo por las tardes antes del toque de queda y el apagado de las luces. «Solo un poco más», me dije a mí misma mientras pasaba la página en la cocina. No sucedería nada por unos pocos minutos.

Acababa de terminar de lamer el cuchillo sucio del pan cuando oí el chirrido de los neumáticos en la calle, seguido de voces alzadas. Me quedé petrificada y casi se me cayó el libro. Las SS y la Gestapo estaban fuera, flanqueadas por la malvada Jüdischer Ordnungsdienst, la policía del gueto judío, que obedecía sus órdenes. Se trataba de una *aktion*, la detención súbita e inesperada de grandes grupos de judíos para llevárselos del gueto a los campos de prisioneros. Precisamente la razón por la que debería

haberme quedado escondida. Salí corriendo de la cocina, atravesé el recibidor y subí las escaleras. Desde abajo me llegó el fuerte estruendo de la puerta de entrada al edificio al astillarse, y después la irrupción de la policía. Me sería imposible regresar al ático a tiempo.

En su lugar, corrí hasta nuestro apartamento, situado en el tercer piso. El corazón me latía desbocado mientras miraba a mi alrededor, en busca de algún armario o cualquier otro mueble apto para esconderme en aquella diminuta estancia, que no tenía casi nada salvo una cómoda y la cama. Sabía que había otros lugares, como la falsa pared de yeso que una de las otras familias había construido en el edificio adyacente hacía menos de una semana. Pero también eso estaba demasiado lejos y me sería imposible llegar. Me fijé en el enorme baúl situado a los pies de la cama de mis padres. Mi madre me había enseñado a esconderme allí en una ocasión, poco después de trasladarnos al gueto. Practicábamos como si fuera un juego, mi madre abría el baúl para que yo pudiera meterme antes de que cerrara la tapa.

El baúl era un escondite pésimo, a la vista de todos y en medio de la habitación. Pero no tenía otro sitio al que ir. Tenía que intentarlo. Corrí hacia la cama y me metí en el baúl, después cerré la tapa con esfuerzo. Di gracias al cielo por ser pequeñita como mi madre. Nunca me había gustado ser tan pequeña, lo que me hacía aparentar dos años menos de los que en realidad tenía. Pero en ese momento me pareció una bendición, así como el triste hecho de que los meses de raciones escasas en el gueto me hubieran hecho adelgazar. Seguía cabiendo en el baúl.

Cuando ensayábamos, imaginábamos que mi madre ponía una manta o algo de ropa por encima del baúl. Como era lógico, no podía hacer eso yo misma. Así que el baúl se quedó ahí, a la vista de cualquiera que entrara en la habitación y lo abriera. Me hice un ovillo y me rodeé con los brazos, palpé en la manga el brazaletes blanco con

la estrella azul que nos obligaban a llevar a todos los judíos.

Oí un golpe muy fuerte en el edificio de al lado, el ruido del yeso al romperse con un hacha o un martillo. La policía había encontrado el escondite de detrás de la pared, al que delataba la pintura demasiado reciente. Me llegó un llanto desconocido cuando encontraron a un niño, al que sacaron a rastras de su escondite. Si hubiera ido allí, me habrían atrapado también.

Alguien se aproximó a la puerta del apartamento y la abrió de golpe. Se me encogió el corazón. Oía una respiración, casi podía sentir los ojos que inspeccionaban la estancia. «Lo siento, mamá», pensé, anticipando su reproche por haber salido del ático. Me preparé para ser descubierta. ¿Serían más benévolo conmigo si salía y me entregaba voluntariamente? Las pisadas se alejaron cuando el alemán continuó por el pasillo, deteniéndose ante cada puerta para buscar.

La guerra había llegado a Cracovia un cálido día de otoño de hacía dos años y medio, cuando sonaron por primera vez las sirenas antiaéreas, que hicieron que los niños que jugaban en la calle salieran huyendo. La vida fue complicándose antes de empeorar. Desapareció la comida y teníamos que hacer largas colas para obtener los suministros más básicos. En una ocasión pasamos una semana entera sin pan.

Más tarde, hace cosa de un año, siguiendo órdenes del Gobierno General, llegaron miles de judíos a Cracovia, procedentes de pequeños pueblos y aldeas, desconcertados y cargando a la espalda con sus posesiones. Al principio me pregunté cómo encontrarían todos ellos un lugar donde quedarse en Kazimierz, el barrio judío de la ciudad, ya de por sí sobrepoblado. Pero los recién llegados se vieron obligados por decreto a vivir en la parte abarrotada del distrito industrial de Podgórze, al otro lado del río, que había sido aislado por un alto muro. Mi madre colaboraba